

El poeta, artista o científico verdadero no se adelanta nunca a su época; su futuro es su época. Lo que ocurre es que los que le rodean, que no han llegado a ella ni a él, son actuales del pasado.

Imposible toda norma. Salgamos de cada día y de nosotros cada día lo mejor que podamos. Y basta.

Hablar o escribir con voces, giros del pasado, que por bellos y exactos que sean, dicen lo mismo que otros del presente, me parece tan teatral como sería vestirse a diario con trajes de otra época, por bellos que fuesen. Lo uno y lo otro quede para los días de carnaval del capricho.

Sí, me gusta un poco. Pero como a ti, opaco, te ha gustado mucho, ya no me gusta nada.

“La inmensa minoría” está también, y más quizás que en ninguna otra parte, en el verdadero pueblo. Yo he sido siempre (lo he demostrado toda la vida) un hondo amigo, un enamorado del pueblo. Y nunca le he cobrado ni le cobraré nada por ser su amigo.

Si hemos sido finos, sutiles, delicados, muramos tranquilos, pensando que hemos sido lo más que el hombre puede ser en su mundo.

Poesía española contemporánea. Siempre que se ha hablado de una antología de la poesía española contemporánea, he dicho lo mismo: que es imprescindible empezar por Miguel de Unamuno y Rubén Darío, fuentes de toda ella (y de lo que falta).

En Miguel de Unamuno empieza nuestra preocupación metafísica “consciente” y en Rubén Darío nuestra consciente preocupación estilística, y de la fusión de esas dos grandes calidades, esas dos grandes diferencias, salta la verdadera poesía nueva. Y no hay que decir, como dicen tales para complicar, eludir, sortear el asunto, que lo mismo sería empezar por Bécquer, o Góngora, o Quevedo, o San Juan de la Cruz, o Garcilaso. No; sencillamente porque no son nuestros contemporáneos.

Y después de Miguel de Unamuno y Rubén Darío, y antes que ningún otro, pues en él comienza, sin duda alguna, y de qué modo tan sin modo, aquella fusión, Antonio Machado, el fatal.

¿Cómo es posible que nadie crea honradamente que se deban o puedan empezar antologías por discípulos más o menos “separados?” ¿No se dan cuenta los que lo hacen de que están intentando dar forzada existencia a un cuerpo sin cabeza? (Uno de esos cuerpos sin cabeza, o con otras cosas, zapatos, guitarras, coles, cucharas, peces, en vez de cabezas, tan propios del sobrerrealismo, imitador general, con gran talento a veces de naturales ruinas).

De “Atenea”. Universidad de Concepción. Chile, 1936).

RECADO SOBRE LOS TLALOCs

P o r G A B R I E L A M I S T R A L

LOS Tlalocs eran muchos en la mucha tierra de México. La meseta de Anáhuac gozaba de poco riego, a pesar de su nombre; la tierra de Yucatán era más seca todavía, y los Tlalocs húmedos se fueron entonces a ser dioses de esos pueblos. Ellos vivían en las altas montañas, sin que faltasen a cerrós y a colinas, tomándolos por suyos a causa de que recogen nieves y aguas, las hacen correr por su cuerpo vertical, las reciben y las entregan.

Siguiendo a las aguas los Tlalocs bajaban de las alturas hasta las riberas de los ríos, o se quedaban regodeándose en los lindos lagos del país que llaman Chapala o mientan Pátzcuaro; o bien daban el salto al cielo y corrían en las nubes cargadas, entrometiéndose arriba con relámpagos y truenos. Era el negocio de los Tlalocs gobernar lluvias y era su cuidado repartirlas bien: el mayor de ellos, se había casado nada menos que con la diosa del Agua Chalchihutlicue, “la de traje color jade”.

Los Tlalocs no eran ni mozos ni viejos: eran como es el indio. Con su cuerpo de todo tiempo y su vida sin atajo al igual de la meseta, ellos veían nacer un pueblo, aumentarse y parar en ciudad, y miraban a las gentes aprender los oficios y sobre todo, el cultivar el maíz, el algodón y el maguey, que dan el pan de comer, el tejido arropador y la bebida de la calor. Las familias se morían y venían otras pidiendo también la lluvia al Tlaloc, y como no envejecían ni probaban muerte, estaban de buen humor y eran pacientes como la Tierra, madre o hija de ellos.

Gobernaban los Tlalocs menudos unos cuatro mayores, dueños de los puntos cardinales. El Tlaloc del Norte disponía de su reino y el del Sur de la porción opuesta, y otros dos poderosos eran dueños del punto mágico por donde rompe el sol y del otro por donde él se acaba. El indio miraba cerca o muy lejos, ojeando tierra o cielo; siempre un Tlaloc le hacía señas desde donde fuese, y nunca estaban solos, ni los Tlalocs ni los indios.

La tierra guardada de los Tlalocs verdeaba siempre; la meseta olía a hierbas aromáticas; y en el bajío las vainillas y los jengibres; o se volvía de pronto loca de fertilidad echando el bosque bravo donde los árboles se abrazan para que no entre nadie, ni el sol, y donde la sombra pone mucho misterio.

El Tlaloc pasaba enfurruñado por la tierra greñuda de hierbas locas o por los maizales amarillos de abandono; el dueño de ella no tenía amor de su Tlaloc; y atravesando tierras muy donosas, peinadas en surcos como cabezas de mu-

dose en los pastos jugosos y haciendo danza al indio diligente, hijo bueno de Tlaloc.

Los Tlalocs apuraban al cielo si andaban en hacer nubes. Ellos sabían dónde el suelo se "tomaba" de cal y de gredas, y les mandaba el aguacero que le afloja dejándole bueno de abrir y de sembrar.

Los Tlalocs eran sencillotes y alegres y servían bien su oficio de Tlalocs, casi de aguadores. Se cruzaban con el indio cazador, subiendo o bajando el Ajusco, o llevaban la delantera al trocador o le seguían a lo ladino, sin pasarle nunca adelante, y el indio les conocía y no les conocía a la vez.

Ver al Tlaloc, no ocurría siempre; no se le iba a buscar en tal sitio ni a tal hora ni era cosa de contar con él como con Diego o Juan, a los que se llama y se cita. Mirar el cerro no significaba descubrirlo y tampoco estarse con la vista fija en el lago. El que iba descuidado, echaba la cabeza atrás y de pronto en un montón de nubes, veía la linda risa del Tlaloc; se iba en una balsa, y de una arruga del agua, el Tlaloc guasón levantaba el pecho y caía una lluvia de gotas a la mano. O andando despacito por el propio huerto, en unos matorrales no manoseados, el Tlaloc le silbaba. Daba mucha alegría y traía buena suerte ver al Tlaloc.

Las mujeres tejían algodón o henequén en el valle de México, mirando en lo alto un Tlaloc muy tapado de nubes. Y a los niños que subían por leña del pino-ocote, el Tlaloc entre cortar y el coger, les echaba, a lo zumbón, una miradita verde por las ramas.

Los venados y los tigrillos corrían por el Tlaloc, su padrecito; los faisanes voladores cortaban el Tlaloc-ocotal a cuchillada roja, subiendo y bajando; los castores y los armadillos vivían en los hoyos y en los túneles del Tlaloc, que por fantasía tiene sus grutas donde deja vivir a las bestiecitas que no quieren nada con el Sol.

En la Anáhuac, los Tlalocs eran amigos de las serpientes que al comenzar a llover, salen a averiguar novedades, contentas de respirar aire sin polvo.

Los bien queridos estaban en los templos de Cholula o de Teotihuacán, con sus ojos rodeados de tres rodela serpentina y con su aliento de espiral, saliendo de su boca grande; con su cara negra y nube de agua y su vestido pintado en agua verde-azul y en agua azul-verdosa. Más vivos que allí estaban en la selva, donde todo se mueve por el día o la noche, y en los ríos que bajan sin freno. Los "Conócelo-Todo" hasta entran en las casas de los mexicanos, con las vasijas de agua a ver cómo son las casas del hombre, y el indio por cariño de ellos, los pintaba en la cántara, y al beber se bebía a su Tlaloc de cristal, que se rompe y se queda entero.

Teniendo sus Tlalocs a cada cerro y a cada laguna y río, teniendo además a la mujer "de traje de jade" que espejaba aquí y allá, contando también "Siete Serpientes", su hermana, y a otros muchos dioses bien mentados, fuesen vistos o no vistos, la Tierra de México estaba entonces llena de bultos y de camaradas mágicos.

Ellos seguían a los sembradores del maíz, del maguey y del algodón, cambiando con ellos los regalos, en un toma y daca, que no se acaba nunca; trocaban algunas veces con el camarada hombrecito unos enojos grandes y rápidos, pero siempre se querían de amor piadoso los indios mexitlis con los dioses mexitlis.

(De "La Montaña".—México, 1936).

DUDA Y RESOLUCION EN GORKI

Por LINO NOVAS CALVO

COMPAÑEROS:

El presidente de esta sección me ha invitado a intervenir en esta velada de Gorki, en atención a que el amargo novelista ruso fue por mucho tiempo la fuente casi única de mis lecturas. He leído a Gorki en distintos medios; le he sentido en varios climas; en compañía de hombres errantes como sus propios personajes. Hubo ocasiones en que nosotros, los lectores de Gorki, con toda la enorme distancia geográfica y diferencia temperamental, nos sentíamos héroes—héroes al revés de cuantos antes nos habían presentado los libros—de aquel autor.

Pero difícilmente se ve claro lo que se siente muy hondo. No podría hacer yo un estudio crítico, ni siquiera expositivo, de Gorki. Lo he intentado varias veces. He fracasado. No encontraba nada que decir del autor, salvo lo que él mismo dice en su obra. Y esto que él dice cada vez que lo releo me empaña los ojos del entendimiento, me produce una desazón y una amargura cruel. Me hace revivir horas de miseria, de abandono, de dolor físico y de angustia espiritual agobiantes. Recuerdo a los compañeros de trabajos, abatidos y faltos de rebeldía colectiva en gran parte, hombres domesticados, amadas bestias de carga. Y aparece entonces, como divisoria línea de luz, el momento en que, elevado inconscientemente sobre mí mismo por el ácido de las lecturas de Gorki, escribí un poema, el primero, titulado *El Camarada*, en el que regañaba con un compañero de cuarto por su pasiva actitud frente a la vida, por su incapacidad para sacudir la costra que nos envolvía y ahogaba a los dos.

Gorki fue, en esencia, quien escribió aquel poema. No había leído yo una página de literatura político-revolucionaria. Gorki mismo no hacía explícitamente política: en esto, a mi ver, residía su fuerza. Los trabajadores hubiéramos leído tal vez con desconfianza, y con desgano, cualquier obra con tono de arenga. Acostumbrados a descubrir mentiras en todas las oraciones, carecíamos de capacidad para elevarnos a generalidades o a ideas abstractas. Veteranos de cien tropiezos, cosida el alma de cicatrices, no teníamos más que sentir, el Tlaloc retozaba allí las horas, revolcán-